

SIMPATIAS Y DIFERENCIAS

¶ Uno de los días finales de octubre, cuando la crisis del Caribe se exacerbaba y todo parecía indicar que la guerra iba a sobrevenir en cualquier momento, algunos diarios publicaron en páginas interiores un comunicado de la A. F. P. que recordaba escuetamente dos historias privadas, dos tramas que no por conocidas hay que dejar de repetir: el 6 de agosto de 1945 el B-29 "Enola Gay" de la Fuerza Aérea Norteamericana, tripulado por Leroy Lehman y Claude Eatherly, dejó caer sobre Hiroshima la primera bomba atómica, que estalló a 9 500 metros del avión, causando 144 mil víctimas entre la población civil. Más tarde, el 9 de agosto, Eatherly intervino en el bombardeo de Nagasaki. Fue así en la mano armada, el responsable del asesinato de 95 mil japoneses, en realidad exterminados por los hombres del poder que concedieron a Eatherly la "Distinguished Flying Cross", la más alta presea de la aviación en su país.

Terminada la guerra, Leroy Lehman entró en la Orden de los Cartujos y se confinó en un monasterio español. Su presencia pronto fue descubierta. Asediado por reporteros y fotógrafos de prensa, Lehman buscó refugio en la Cartuja calabresa que se conoce por el nombre de Sila, en medio de las escarpaciones boscosas que cubren la extremidad de la península italiana. Hace poco el semanario romano *Oggi* transgredió la "ley de silencio" a que obliga el convento: en el cartujo "Padre Antonio" descubrió al antiguo piloto de Hiroshima. *Oggi* cundió en fotos de Leroy Lehman que, sin embargo, permanece en Calabria sin salir de su celda más que para los oficios religiosos, buscando el olvido de una culpa de la que todos somos responsables.

Menos literaria es la historia de Claude Eatherly — que el mismo *Reader's Digest* no se ha rehusado a divulgar. Internado en varias clínicas psiquiátricas, encarcelado por robo a dos oficinas de correos, absuelto en 1957 y nuevamente detenido por tentativa de asalto. El más hondo y doliente testimonio de la historia de Eatherly es el libro que contiene su correspondencia con el psiquiatra austríaco Robert Jung. (De tales cartas el Director de esta *Revista* ha dado a conocer algunos fragmentos en nuestro país.) Cuatro años antes de Hiroshima, Cyril Connolly escribió que los hombres del futuro verían la era presente con un horror, con un desdén añejo a la actitud con que hoy se juzga la edad de las cavernas. El 12 de octubre de 1962 dijo Bertrand Russell: "La libertad humana es una abstracción que los hombres del poder han profanado. Profanaron la idea de libertad no sólo al violarla sino al invocarla. Hoy los hombres del poder invocan en nombre de su causa los más nobles conceptos de nuestra especie. Hoy los hombres del poder invocan una libertad humana que la política de la destrucción en masa, del genocidio, del exterminio, destruye..."

¶ John Steinbeck, Premio Nobel 1962. En París Jacques Cabau publicó un artículo que sintetiza las opiniones dominantes en la discusión del fallo de la

Academia Sueca. El lunes se mencionaba como favorito a Heinrich Böll; el martes, a Pablo Neruda; el miércoles, a Robert Graves. Steinbeck triunfó. Nadie lo hubiese pensado: hace quince años que Steinbeck no ha escrito nada de valor. La ironía de un premio a título, por así decirlo, póstumo, subraya penosamente un drama: a los sesenta años, Mr. Steinbeck sobrevive a su genio en un cómodo departamento de Nueva York. Vende a las revistas de gran tiraje caros artículos sobre "los yanquis en Europa" y sobre "cómo tener éxito en la vida". Viaja con gran escándalo; se mete en política y ha hecho un recorrido por Norteamérica con su perro "Charley" y su trailer "Rocinante", periplo durante el cual escribió su último libro laborioso: *Travels with Charley*. Después de la guerra ha ensayado todo, aun la comedia musical y una parodia histórica de la Cuarta República Francesa. En vano; John Steinbeck, el admi-



nable autor de *La fuerza bruta*, ha muerto hace quince años. Como él se lo temía, el buen éxito lo acabó. "Estoy tan preocupado por ser un escritor, que no puedo escribir", dijo ya —tras dos copas— después del triunfo de *Tortilla Flat*. Es, prosigue Cabau, la eterna historia del campesino pervertido, del vaquero perdido por la ciudad. Steinbeck el áspero, el novelista de lo elemental, no debió abandonar nunca su tierra, el valle de Salinas, docientos kilómetros al sur de San Francisco. Allí Steinbeck tenía sus raíces, su "pony colorado", su cabaña sin fuego. Allí había sido albañil, cuidador de casas, bracero entre los paisanos de *Tortilla Flat* y los colonos de *Las praderas del cielo*. Porque este narrador sin imaginación ni vida interior es la contrafigura de Faulkner. Yoknapatawpha está en Faulkner. Steinbeck está en Salinas. Su talento radicó en mirar, en escuchar, en sentir, en nombrar las tierras y los hombres. "Con Steinbeck —concluye Cabau, después de examinar lúcidamente todos sus libros—, el último primitivo norteamericano termina la epopeya inocente del Far-West."

¶ Justo o injusto, este descenso en la apreciación de Steinbeck constituye un resultado lógico, probado e ineludible, de la fama y el triunfo literario. En Norteamérica las letras avanzan más de prisa o más despacio que en el resto del mundo y actualmente a nadie le interesan autores como Arthur Miller y Tennessee Williams, quienes fueron la "sensación" hará diez años. Una encuesta reciente de *The New York Times Books Review* muestra que en la década de los 60 son otros los grandes escritores de los Estados Unidos. Se habla de Katherine Anne Porter, de Robert Penn Warren (que están muy lejos de ser unos principiantes); de Norman Mailer — a quien, como a su coetáneo Truman Capote, vulneró el aplauso con que fue recibida *Los desnudos y los muertos*, su primera novela. Los "jóvenes" novelistas de 1962 son William Styron, John Updike, Saul Bellow y particularmente J. D. Salinger (*1925) que con el relato de las cuarenta y ocho horas que pasa en Nueva York Holden Caulfield, un muchacho de 16 años, logró escribir una magnífica novela, *The catcher in the rye*, publicada por vez primera en 1953, y considerada entre los mejores libros norteamericanos de la segunda mitad de nuestro siglo.

¶ Asimismo, se dice que ha pasado el momento del "antiteatro" francés. Nada ha muerto con él: los dramaturgos exploran otros campos, abren nuevos senderos. Acaso el autor teatral de nuestra década sea Friedrich Dürrenmatt. No otra cosa presente Colin Wilson (*The outsider*) en este ensayo mínimo: "Toda la obra de Dürrenmatt es una invitación para hacer frente al desorden de nuestra existencia; es un ataque contra las simplificaciones aparentes, contra la 'mala fe'. Dürrenmatt escribe sobre los mismos temas de Sartre y de Camus, pero instintivamente, sin superestructuras. En mi libro *The age of Defeat*, he analizado la obra de Sartre y de Camus y he comentado la extraordinaria penetración de su juicio intelectual sobre nuestro desorden; no obstante, considero su pesimismo deprimente e insatisfactorio. Dürrenmatt, me parece, ha encontrado ya un camino fuera del *impasse* de Sartre y de Camus. Se sirve de todos los análisis tradicionales del existencialismo, los conceptos de la existencia no genuina, el autoengaño de los hombres, pero nos habla con el instintivo, místico optimismo de Shaw o de Chesterton. Si continúa como ha comenzado, me parece que puede convertirse en una de las mayores figuras literarias del siglo xx, un artista que resume en su persona algunas de las más importantes corrientes de su tiempo. Pienso que un día será considerado el más significativo escritor operante en Europa. Dürrenmatt tiene cuarenta años, edad a la que Shaw sólo había escrito sus primeras comedias. Dürrenmatt es hijo de un pastor suizo, ha estudiado filosofía y teología en Basilea y Zürich, vive en Neuchatel y tiene tres hijos. En *El matrimonio del señor Misisipi* se describe jocosamente como 'este protestante, este extraviado visionario, este amante de las historias espantosas'. No sé hasta qué punto Dürrenmatt sea aún miembro de la Iglesia Protestante, pero me complace el resto de la descripción porque se adapta a él perfectamente."

—J. E. P.